

DOMINGO XV DEL TIEMPO ORDINARIO
Homilía del P. Joan M. Mayol, monje de Montserrat
13 de julio 2008
Is 55, 10-11; Rm 8, 18-23; Mt 13, 1-23.

Después de contemplar el domingo pasado cómo Jesús rogaba al Padre enalteciéndolo porque había revelado a los sencillos los misterios del Reino, hoy vemos cómo él explica estos misterios introduciéndonos en ellos con una parábola. Toda la parábola del sembrador se centra en la semilla y el terreno de cuatro tipos: el terreno al borde del camino, el rocoso, el lleno de cardos y finalmente el bueno de verdad.

Jesús utiliza este recurso retórico porque la parábola, aunque nos revela el sentido del mensaje, no pierda el encanto y la belleza inefables de su realidad que permanece velada, y nos atraiga invitándonos irresistiblemente a adentrarnos en ella. El Reino de Dios, en el que nos quiere introducir el evangelio de hoy, no es una monarquía a la manera humana, vasallaje servil por espiritual que éste sea. El Reino es: ¡Dios Eterno y el hombre nuevo! en un todo y un absoluto tales que ninguna imaginación humana ha concebido nunca. San Mateo recoge siete parábolas para explicar este Reino. La de hoy nos revela el misterio que podríamos llamar: de la misión de sembrador. La parábola apela a la riqueza humana de todo el mundo que sea capaz de comprender mínimamente el mensaje de Jesús, por eso los que entienden el mensaje como algo relacionado vitalmente con ellos se enriquecen espiritualmente todavía más y los que lo rechazan por marginal e irrelevante a sus ojos corren el peligro de perder la mínima riqueza humana que les queda. "El que tenga oídos que oiga, quien tenga corazón que lo rece".

La Palabra, que es Cristo, revela el amor de Dios y suscita la fe. Su manera de proceder supera la propuesta y por descontado la imposición. Se parece más bien a la lluvia y la nieve que empapan en silencio la tierra. La Palabra está presente en todo, y su misma existencia es comunicativa, porque la existencia humana del Hijo de Dios no se puede resumir en una palabra, es una existencia plenamente realizada en Dios. Su presencia entre los hombres da fruto en cada uno de ellos, o cien, o sesenta o treinta, pero da. El rendimiento en la parábola no se refiere a la totalidad del terreno sembrado que sugeriría una cosecha mezquina, sino que más bien apunta a cada semilla suscitando así la esperanza de una cosecha generosa. Y es que la explicación puesta en boca de Jesús por san Mateo nos sugiere el prurito de Dios que no espera que todo el terreno esté cuidadosamente preparado, porque posiblemente no podría sembrar nunca, sino que esparce su semilla a diestro y siniestro sobre nosotros cada día. ¡El sembrador generoso siempre tiene una cosecha generosa!

En el interior del corazón humano encontramos roca, cardos, y tierra buena. La parábola, sin embargo, nos estimula a buscar esta tierra buena que hay en cada persona por maltratada que haya sido por la vida y el destino que se haya podido forjar. Hay siempre tierra buena y es ésta la que da fruto. ¡Siempre hay cosecha porque la siembra es constante! La confianza de Dios en la persona humana es grande y su paciencia infinita, constante, como la lluvia y la nieve que empapan y fecundan cíclicamente la tierra.

La parábola también nos quiere imitadores de Jesús que predicó a todo el mundo, de palabra y de obra, la buena nueva del evangelio con la esperanza de que la semilla llegaría a caer en la tierra buena. Felices nosotros si lo sabemos ver y lo entendemos así de nosotros mismos y de los otros. Nuestra felicidad superará la de los profetas y la de los justos, porque Abrahán vio de lejos este día y se alegró, y Moisés, el gran

profeta, sólo vio como la espalda de este gran misterio y lo adoró, pero ninguno de los dos lo poseyó, sólo en Jesús, que es más que un profeta y es el único Justo, el misterio llega realmente al alcance de nuestro corazón y palpable a nuestra fe. Toda la parábola del sembrador generoso es un canto a la esperanza en la eficacia de la Palabra de Dios que lleva siempre la iniciativa de la salvación y alcanza siempre su propósito.

San Pablo, de quien este año estamos celebrando el bimilenario de su nacimiento, es un buen ejemplo para nosotros de este poder de la Palabra de Dios. Como buen judío conocedor de la Escritura, Pablo recibió abundantemente la semilla de esta Palabra. Durante una buena parte de su vida la semilla cayó al borde del camino. Y no sólo no entendió la novedad del evangelio sino que lo persiguió encarnizadamente. Su conversión, sin embargo, no quedó en el entusiasmo de un momento como la semilla sembrada en terreno rocoso. En su corazón, como en el de todos los hombres, había también una parte de tierra buena, y finalmente allí pudo crecer la semilla y dio fruto, un fruto que todavía perdura entre nosotros. Así el fariseo se convirtió en discípulo del Reino del cielo, el perseguidor se convirtió en apóstol y su predicación se transformó en buena nueva para todo el mundo. En la proclamación de este evangelio suyo, hoy, nos ha sido revelado otro de los misterios del Reino, y éste no menos inaudito que el narrado por san Mateo en la parábola del sembrador generoso: el misterio de la glorificación de los Hijos de Dios, como dice él.

La glorificación de los hijos de Dios, que abarca todo aquello que ha sido creado, ocurrirá en plenitud en la resurrección final donde Él lo será todo en todos. A la vista de esta realidad se entiende, desde la fe, que los sufrimientos del mundo presente sean valorados por el apóstol como nada. Liberados de la servidumbre de los malos deseos o del desaire de los preceptos humanos, el sufrimiento, que continúa presente en medio nuestro, ha empezado a ser transformado realmente por el amor de Cristo en vida nueva que a través de tantas personas y de las más diversas iniciativas va haciendo germinar la semilla del Reino de Dios en el silencio del trabajo bien hecho de cada día, en la discreción de una nueva presencia comprometida, portadora de reconciliación, de paz, de alegría y de esperanza.

El misterio de la Palabra de Dios y el misterio de la glorificación de los hijos de Dios nos estimulan a velar y a esperar con alegría y buenas obras la plenitud del Reino que en Jesús se inicia irrevocablemente y que en la tierra buena de todos los hombres y mujeres de buena voluntad continuará dado fruto o cien, o sesenta o treinta. Tened confianza, hermanos y hermanas, *el que provee al sembrador de grano para la siembra y da pan para comer, también os proveerá abundantemente de semilla y hará crecer los frutos de vuestra bondad.*